

**Sentir el orden y la revolución.  
Desarrollo y ocaso del lenguaje emocional autoritario  
(Chile, 1839-1859)**

**Feeling order and revolution.  
The development and decline of authoritarian emotional language  
(Chile, 1839-1859)**

Páez-Debia, Gabriel  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile  
gpaezdebia@gmail.com  
 <http://orcid.org/0000-0002-8085-2611>

### **Resumen**

Este artículo tiene como objetivo proponer un marco metodológico para el estudio de procesos políticos y sociales, conjugando la historia conceptual con la historia de las emociones mediante la categoría lenguaje emocional. Los lenguajes emocionales analizan cómo un concepto político fundamental (orden y revolución) es emocionalizado a través de una constelación emocional compuesta por una red de sentires que expresan distintas intensidades (miedo, horror, pavor, incertidumbre). De forma sincrónica, los usos intencionalistas y contextuales de las emociones implican abordar cómo dicha constelación es reconceptualizada según las disputas políticas e intelectuales ocurridas desde la diacronía. A través de un caso de estudio se pone en práctica esta metodología, demostrándose que el lenguaje emocional autoritario, caracterizado por la defensa

del orden mediante una constelación emocional basada en el miedo y sus derivados, experimentó dos crisis en la medida en que la dosificación de ese sentir y la revalorización positiva de la voz revolución generaron una politicización y temporalización en la ciudadanía. Esto ocasionó, desde una perspectiva conceptual y emocional, las guerras civiles de 1851 y 1859. Tras este último acontecimiento se observa el ocaso del lenguaje emocional autoritario, legitimándose el nuevo orden mediante una constelación emocional sustentada en la felicidad, fraternidad y esperanza.

**Palabras clave:** lenguaje emocional, constelación emocional, emocionalización, historia conceptual, historia de las emociones.

## Abstract

This article aims to propose a methodological framework for the study of political and social processes, combining conceptual history with the history of emotions through the category of emotional language. Emotional languages involve analyzing how a fundamental political concept (order and revolution) is emotionalized through an emotional constellation composed of a network of feelings that express different intensities (fear, horror, dread, uncertainty). Synchronously, the intentional and contextual uses of emotions imply addressing how this constellation is reconceptualized according to the political and intellectual disputes that have occurred since diachrony. This methodology is put into practice through a case study, demonstrating that authoritarian emotional language, characterized by the defense of order through an emotional constellation based on fear and its derivatives, experienced two crises to the extent that the dosage of this feeling and the positive revaluation of the word revolution generated a politicization and temporalization in citizenship. This led, from a conceptual and emotional perspective, to the civil wars of 1851 and 1859. After this

last event, the decline of authoritarian emotional language can be observed, with the new order being legitimised through an emotional constellation based on happiness, fraternity and hope.

**Keywords:** emotional language, emotional constellation, emotionalization, conceptual history, history of emotions.

**Recibido:** 14 de octubre de 2024 - **Aceptado:** 20 de enero de 2025

## 1. Introducción

Magrit Pernau e Imke Rajamani (2016: 47-62) argumentan que la historia conceptual es útil para hacer historia de las emociones, ya que permite criticar los anacronismos y el universalismo de los sentimientos, mediante el análisis de las palabras emocionales en sus contextos específicos. Sin embargo, es una herramienta que, al estar centrada en el lenguaje, falla al momento de capturar la complejidad de estos significados. Para resolver este problema proponen el estudio de las traducciones emocionales. En primer lugar, toda traducción implica una relación entre realidad e interpretación, proceso que

está mediado por el cuerpo y los sentidos corporales. Estos dos factores adquieren un rol activo en la creación de significados a través de la evaluación, valoración y acción.

En segundo lugar, las interpretaciones implican la mediación de signos visuales, auditivos, olfativos, táctiles, una red multimedial e intermedial que moldea y cambia los significados emocionales. Por último, recalcan que el discurso no solo transforma la realidad mediante su pronunciación, sino también a partir de prácticas que involucran al cuerpo. En definitiva, las emociones permiten que algo factible, como los conceptos, sea realmente aplicado en la realidad.

El marco metodológico propuesto por dichas historiadoras es convincente y fundamento. Sin embargo, la aplicación de esta propuesta, inscrita en el giro material que ha atravesado la historia de las emociones (Scheer, 2012; Zaragoza, 2021), y en menor medida a la historia conceptual (Oncina, 2013), puede resultar engorrosa para contextos en donde los corpus documentales no son amplios ni diversos, como fueron los períodos anteriores al proceso de modernización iniciado a fines del siglo XIX. Por lo tanto, proponemos otro marco metodológico con el objetivo de conjugar la historia de las emociones con aquella conceptual, bajo lo que se denomina lenguaje emocional.

Un lenguaje emocional está encabezado por un concepto político fundamental. A diferencia de las palabras, los conceptos, según Reinhart Koselleck (1993: 122-125), son polisémicos, polémicos, interpretables, condensan una pluralidad de significados en pugna. No se ubican necesariamente en una línea de continuidad con los significados que hoy se les atribuyen. Aquellos conceptos denominados

fundamentales se distinguen por ser términos utilizados y disputados por diversas capas sociales y partidos políticos. Esto con la intención de comunicar diferentes experiencias, intereses y programas, siendo interpretados según diversas perspectivas con el objetivo de obtener un conocimiento o facilitar la capacidad de actuar de los sujetos. El conjunto de estas premisas incentiva el análisis de la sedimentación de significados vinculados a los espacios de experiencia y a los horizontes de expectativas, es decir, la agencia e indicación de cambio que genera un concepto que guía el movimiento histórico (Fernández, 2009: 93-104). Por lo tanto, el estudio de los conceptos no se limita a la mera historia de las palabras (quehacer de la filología), sino que aporta un conocimiento sobre las motivaciones, acciones, sucesos y prácticas políticas pretéritas (Fernández, 2021: 57).

Por otro lado se encuentra la constelación emocional. Esta categoría es definida por la historiadora Bárbara Rosenwein (2006: 26) como un conjunto o red de palabras emocionales en la cual cada uno de sus

componentes expresan diversas intensidades o énfasis. Que los actores se expresen desde una constelación conlleva relegar o deplorar otras. Esto se correlaciona con los preceptos filosóficos desarrollados por Martha Nussbaum, quien apoyándose en la psicología cognitiva sostiene que las emociones son juicios o evaluaciones racionales que expresan diversas magnitudes según lo que se considera importante, favorable o dañino para el bienestar de los actores (Nussbaum, 2008: 24-41). Ahora bien, proponemos que la constelación sea analizada como actos de habla modulados de forma verbal y gestual, conjugando una dimensión constatativa, performativa y autoexploratoria de la expresión emocional (Reddy, 2001: 100-129; Plamper, 2010: 239-249).

Los lenguajes emocionales conectan el concepto político fundamental con una constelación emocional a partir de dos procesos que ocurren de forma sincrónica y diacrónica. Por un lado, siguiendo lo planteado por Javier Fernández (2021: 73-75), la constelación emocionaliza al concepto, es decir, estos

adquieren una carga afectiva que interfiere en la temporalización (expectativas) y politización (movilización o paralización) de los actores. En paralelo, la disputa intelectual gestada en torno al concepto conlleva una reconceptualización de la constelación, es decir, los significados y usos de las palabras emocionales se transforman en función del debate político, volviéndose polémicos y controversiales según la intención de los actores (Plamper y Lazier, 2012).

En definitiva, el estudio de los lenguajes emocionales se justifica en la medida que permite comprender cómo se conceptualizan las emociones y se emocionalizan los conceptos políticos. Así resulta posible avanzar en tres direcciones. Primero, la construcción de un léxico emocional, camino trazado recientemente por la historiografía europea (Frevert, 2014). Segundo, profundizar el trabajo emocional gestado en torno a la confrontación entre diversos colectivos que buscan influir en las normas e instituciones que constituyen y vinculan a una comunidad política, lo que Pierre Rosanvallon (2003)

denominó lo político. Por último, identificar cómo la transformación semántica de las constelaciones emocionales permite complejizar la explicación del cambio conceptual.

Se pondrá a prueba este marco metodológico a través de un caso de estudio, analizando cómo se desarrolló y declinó el lenguaje emocional autoritario en el Chile de mediados del siglo XIX. Al respecto este estudio sostiene que este lenguaje se caracterizó por el uso de una constelación emocional compuesta por el miedo y sus derivados (horror, pavor, temor e incertidumbre), sentires que emocionalizaban el concepto de orden. En paralelo, esta constelación se conceptualizó en el contexto de la revolución armada, irrupción de los sectores populares y jóvenes liberales en el campo de lo político, legitimando así el escarmiento. Tras la apropiación de la revolución francesa de 1848, se produjo una reconceptualización de esta constelación emocional, incorporando nuevos tópicos como el socialismo, conspiraciones y la barbarie indígena. Sin embargo, el uso reiterado de estos ocasionó una dosificación del miedo,

disminuyendo su eficacia. Al mismo tiempo aconteció una revaloración positiva de la voz revolución, lo que hizo que la constelación antes mencionada integrara también la esperanza, el odio y la ansiedad, politizándose la sociedad civil en torno a nuevas expectativas. Esto permite explicar, desde una óptica emocional y conceptual, por qué diversos actores se movilizaron en torno a dos guerras civiles ocurridas en los años 1851 y 1859. Finalmente, con la llegada de Joaquín Pérez a la presidencia, el lenguaje emocional autoritario entró en desuso, priorizándose otra constelación emocional compuesta por la felicidad, esperanza y fraternidad para el restablecimiento del orden.

Los documentos analizados corresponden a la prensa redactada en las principales ciudades de Chile (Copiapó, La Serena, Valparaíso, Santiago, Talca y Concepción). Esta aproximación heurística se debe a que los periódicos fueron un artefacto cultural clave en la construcción del espacio público, expresándose a través de ellos las pasiones dirigidas no solo a las élites, sino

también a los sectores populares (Wood, 2011: 110-139).

## 2. Desarrollo del lenguaje emocional autoritario (1839-1848)

Tras la victoria militar chilena frente a la Confederación Perú-Boliviana, medios de comunicación afines al régimen expresaron cierta sensación de tranquilidad pública, conjugándose progreso económico y orden institucional como expectativas de un futuro esperanzador: «Pocos habrá que nieguen de buena fe que el estado actual de la República es el más próspero y tranquilo que podía esperarse después de un movimiento tan general y enérgico como el que surgió desde fines del año 1829» (*La Antorcha*, 20 de noviembre de 1839). El triunfo permitió revertir la imagen negativa que arrastraba el gobierno de Joaquín Prieto, sociabilizándose un imaginario nacionalista basado en el belicismo y excepcionalidad a través de festividades cívicas, discursos religiosos y la construcción de un panteón heroico (Cid, 2011).

A continuación de esto, solo quedaba definir el sucesor presidencial de Prieto de cara a las elecciones de 1841. El sector conservador moderado respaldó la candidatura del líder militar Manuel Bulnes, aprovechando el capital simbólico y social que obtuvo durante la guerra contra la Confederación, mientras que el ala más radical apoyó a Joaquín Tocornal. Por su parte, los sectores liberales se inclinaron por Bulnes a cambio del establecimiento de una concordia política, que incluía la reducción de la manipulación electoral en las provincias, la amnistía a los exiliados que habían participado en la guerra civil de 1829 y la promesa de que los letrados liberales ocuparan cargos en la nueva administración. Esta nueva alianza quedó sellada con el matrimonio de Bulnes con Enriqueta Pinto Garmendia, hija del candidato liberal Francisco Antonio Pinto. Según Ana María Stuven (2000), todo esto fue posible gracias a una cultura política compartida en la élite basada en el catolicismo, defensa del orden y legitimidad transversal del régimen republicano.

Sin embargo, las esperanzas vaticinadas luego del triunfo militar fueron efímeras. La preservación del orden institucional y tranquilidad pública implicó enlazar dicho concepto con una constelación emocional centrada en torno al miedo. Este sentir fue relacionado con los perniciosos efectos de una hipotética revolución armada, recurriendo de forma estratégica a las consecuencias de la última guerra civil ocurrida en 1829 para deslegitimar cualquier intento opositor que opacase los recientes éxitos militares:

Sensible pero necesario es decirlo: algunos genios mal avenidos con el orden, y celosos de una felicidad que no es obra suya, se empeñan con una insolente contumacia en sumergirnos en el horrendo caos en que yacíamos no ha muchos años, y cuyo recuerdo nos llena de pavor (*La Época*, 5 de septiembre de 1839).

Rememorar imágenes pretéritas de un campo de batalla, lágrimas y muertes tuvo una finalidad performativa y autoexploratoria: movilizar desde la temporalización de las

emociones. El miedo, originado en el pasado, fluctuó en el presente con una mayor intensidad mediante las voces horror y pavor, fenómeno que se asemeja al efecto del trauma descrito por Magrit Pernau (2021: 3-4). Estas imágenes contradecían la esperanza adscrita al régimen imperante, ya que una eventual amnistía podía generar un desequilibrio en la correlación de fuerzas existente.

La movilización electoral a favor del oficialismo, incentivada a través del miedo a una revolución, no se remitió exclusivamente a una dimensión política y social, sino también económica: «Unos se inclinan a la paz, porque siendo sus disposiciones pacíficas, aman el reposo; otros porque embebida su atención en sus negocios, temen ver en un trastorno cruzadas sus especulaciones particulares... estos temen ver sus campos agotados, sus sembrados incendiados» (*El Conservador*, 30 de enero de 1840). Para neutralizar los temores a una debacle comercial resultaba imprescindible la mantención del orden, lo cual tuvo un correlato corporal: el cuerpo en reposo, aquietado y controlado por el

peso de la noche, si seguimos el lenguaje de Diego Portales. Solo así se podría evitar el atesoramiento, escasez monetaria y paralización de las especulaciones financieras.

Además del temor a la revolución rebrotó el miedo a la politización popular. El periódico de Coquimbo *La Estrella del Norte* planteó explícitamente la incertidumbre y resentimiento que ocasionaba en ciertos sectores el restringido acceso a la ciudadanía, lo que podía generar una reacción violenta para su ampliación: «la causa primordial de nuestras incertidumbres y tropiezos nace toda del sistema de elecciones, que algunos tienen el candor de hallar demasiado circumscripto» (1 de junio de 1841). A partir de este testimonio se observa cómo el miedo al futuro, que caracterizó el proceso independentista (Sagredo, 2019), continuó practicándose mediante la locución incertidumbre. Este concepto fue empleado para mantener en estado de alerta a los votantes de La Serena ante una potencial insurrección, más aún considerando el pasado pipiol de esta región

y los pretéritos apoyos generados en torno a la figura de Ramón Freire (Rojas, 2017).

Ahora bien, como lo ha demostrado Reddy, las emociones no se expresaron solo por medios discursivos, sino también gestuales. En ese sentido, el lenguaje emocional autoritario fue puesto en práctica mediante el uso del cuerpo en función del amedrentamiento de los artesanos: «para infundir el temor con sus miradas a los sencillos labradores, y estar preparado a sostener con su autoridad los abusos de que se reclamase, un subdelegado no se movió de la mesa en todos los días de calificación» (*El Diablo Denunciante de los Abusos de las Calificaciones*, 19 de enero de 1839). La expresión corporal del miedo, manifestada a través de la mirada y la presencia física de un subdelegado, fue un fenómeno tolerado por la comunidad electoral, clave por lo demás para el amedrentamiento popular y el encuadre bajo el ordenamiento institucional.

Otra forma de poner en práctica este lenguaje emocional consistió en amedrentar a las

guardias cívicas mediante el escarmiento, es decir, la violencia física y el castigo presidiario: «si alguna vez han cedido al influjo de las violencias del poder, no por eso los buenos patriotas han dejado de hacer la justicia que merece un cuerpo compuesto por hombres abatidos por el terror» (*El Hombre del Pueblo*, 10 de junio de 1841). Los procesos disciplinadores ejecutados en torno a las guardias cívicas, estudiados de forma profusa por la nueva historia social (Pinto, 2019), poseen un componente emocional insoslayable.

Por añadidura, no solo se amedrentó a las élites y sectores populares, el temor también afectó a las autoridades subalternas, quienes además de infundirlo en la ciudadanía bajo el amparo institucional, también lo experimentaron en carne propia. Según el periódico *El Voto Liberal*, ante un hipotético triunfo de la oposición era factible que los gobernadores sufriesen un castigo o exilio en manos de los intendentes, lo que permitía explicar la intervención electoral indiscriminada que ejercían durante los comicios:

Los gobernadores departamentales que el temor y amenazas del mandatario los hace entrar por miles de bajezas, no porque sus sentimientos sean estos, sino que como poco versados, en asuntos políticos son recelosos que el intendente los ponga presos y remita fuera del país (20 de mayo de 1841).

En suma, la implementación del lenguaje emocional autoritario fue uno de los tantos factores que facilitó la llegada de Manuel Bulnes a la presidencia en 1841, marcando el inicio de una nueva etapa caracterizada por la conciliación y distensión política. Sin embargo, el disenso no tardó en hacer su aparición en el espacio público, con la publicación de *Sociabilidad Chilena* (1844) por Francisco Bilbao. En esta obra el joven Bilbao arremetió contra el clero, subrayando el rol de esta corporación en el control emocional de la población para asegurar su financiamiento: «La Iglesia necesita incienso, pompa, candelabros, campanas que asusten, monumentos que aterren, oro, plata, cobre, necesita el sostén del clérigo». Además,

Bilbao sostuvo que el establecimiento de la democracia requería no solo igualdad política, sino también social, lo que se traducía en la ampliación de la educación, propiedad y representación de la plebe. La commoción que causó este escrito fue tan profunda que provocó su quema pública y la acusación de su autor por blasfemia, lo que llevó finalmente a Bilbao a migrar a Francia.

Posteriormente, durante las elecciones de 1846, es posible identificar que, en términos diacrónicos, el lenguaje emocional autoritario experimentó cambios incipientes. No solo el concepto de orden fue objeto de una intensa disputa (Stuven y Cid, 2012: 519-527), sino que también la constelación emocional se reconceptualizó. De partida se produjo la irrupción de la reorganización política liberal, acompañada de la movilización artesanal, lo que dio lugar a la creación de asociaciones políticas para agrupar a los menestrales y convocarlos de manera instrumental, como ejemplifican la Sociedad de Artesanos de Caupolicán, Colocolo y Lautaro. Este proceso también se reflejó en la prensa, destacándose

los polémicos escritos de Santiago Ramos, un artesano tipógrafo que escandalizó a la opinión pública. Propuestas tan radicales como el sufragio universal, la participación de los grandes comerciantes y hacendados en las milicias o la representación política corporativa encarnada por artesanos eran insopportables para la élite capitalina (Castillo y Fernández, 2017). De ahí que el periódico *El Orden* expusiese:

Alagar las pasiones, los vicios y las propensiones del populacho, señalarles los empleos públicos como objetos a que podían aspirar, y la posibilidad de mejorar de condición despojando a los ricos de sus bienes, para determinarlo a que como un impetuoso torrente, se precipite sobre la sociedad y asole cuanto en ella hay establecido (20 de febrero de 1846).

Este documento es significativo por diversos motivos. Primero, se aprecia una polémica en torno al concepto de igualdad, en la medida que su significación no se limitó solo a la equidad ante la ley, sino también a su

dimensión económica, irrumpiendo el miedo a la redistribución de la riqueza mediante el uso de la fuerza. Segundo, se desprende que las élites liberales recurrieron a la esperanza para incentivar la movilización de los sectores populares, en este caso mediante la posibilidad de ejercer empleos públicos. Esto coincidió con las demandas desarrolladas por Ramos mediante su periódico *El Pueblo* (8 de marzo de 1846), dando cuenta de que las emociones no son solo algo que se siente en la interioridad de los individuos, sino que tienen un efecto performativo en la realidad de los actores.

La reconceptualización del miedo también se observa en el rechazo a la rearticulación de la oposición liberal mediante los hijos de los actores derrotados en 1829. Estos jóvenes no vivieron en carne propia dicha guerra civil, por ende, carecían de una regulación emocional con base en la experiencia que provee un conflicto fraticida: «tengo mucho miedo de que el tronco segado de 1830 nazca otra administración tan refractaria y tan estúpida

como aquella [...] Estos temores existen solo ahora, porque en los 16 años anteriores las ramas de aquel tronco estuvieron desmedrada y abandonadas» (*El Artesano del Orden*, 4 de enero de 1846). La ausencia de una regulación emocional podía dar paso a acciones ajenas al marco institucional: «[...] la desobediencia, se reclama la abolición de los poderes constitucionales, se alarma al populacho para destrozar las propiedades y cubrir de cadáveres las calles» (*El Orden*, 17 de marzo de 1846). Por lo tanto, no quedó más remedio que propiciar la unidad entre ministeriales y grandes propietarios a través del temor que generaba un enemigo en común. Así, el miedo no paralizó, sino que incentivó la unidad, acción y ofensiva en contra del avance liberal y artesanal, manteniéndose un orden sustentado en jerarquías clasistas consideradas naturales e inquebrantables.

En la vereda opositora ocurrió un fenómeno similar. El miedo no debía ser un instrumento de paralización, sino que debía incentivar la defensa de los intereses de la ciudadanía

mediante los procesos electorales, lo que Reddy denominó esfuerzo emocional: «[...] a resistir este ridículo en que nos han tenido sumergidos, abandonan este medio y nos oprimen en prisiones, nos amenazan con cadenas, nos intimidan con ejemplos de terror, como actualmente se practica con nuestro compañero Agustín Cerda» (El Artesano Opositor, 20 de diciembre de 1845). Sin embargo, los llamados a la movilización política chocaron con un fenómeno transversalmente denunciado, como fue la abstención. Desde Concepción el periódico *La Patria* expuso que: «Los neutrales, los indiferentes y los desesperados tendrán buen cuidado de agachar la cabeza cuando el Eco levante la suya, lo mismo que los que tienen miedo sin ser cobardes... ¡Ah neutrales! ¡Ah indiferentes! ¡Ah miedosos con que valor!» (21 de marzo de 1846). Resulta llamativo que las expresiones emocionales no solo tenían una manifestación verbal, sino también corporal, pues el miedo podía ser practicado al «agachar la cabeza» para obedecer a las autoridades y evitar el contacto visual amedrentador.

### 3. La primera crisis del lenguaje emocional autoritario (1848-1851)

Pese a la polarización política experimentada durante la elección presidencial de 1846, el régimen político se mantuvo estable, reeligiendo a Manuel Bulnes tras el establecimiento de un estado de sitio en las provincias de Santiago, Aconcagua y Valparaíso. Sin embargo, un par de años más tarde arribó el primer gran desafío tras el desarrollo de la revolución francesa de 1848, proceso que impactó a lo largo de América Latina (Deluermoz et al., 2023). Durante la fase de febrero se instaló la Segunda República, institucionalizándose el sufragio universal, abolición de la esclavitud, libertad de prensa, reunión y asociación, apertura de la guardia nacional a todos los ciudadanos, disminución de la jornada de trabajo, entre otras medidas. Por otro lado, en las jornadas de julio, la clase obrera parisense protagonizó diversas revueltas por el cierre de los Talleres Nacionales, lo que desencadenó una cruenta represión (Moggach y Stedman, 2018).

Estos procesos conllevaron un incremento estrepitoso de la efervescencia política en Chile, reflejado en la formación del partido liberal bajo el liderazgo de José Victorino Lastarria y Federico Errázuriz (1850), rearticulación de los espacios públicos provinciales mediante el incremento de publicaciones periódicas y el surgimiento de clubes modernos de carácter policiasista. Tal es el caso de la Sociedad de la Igualdad de Santiago (Páez, 2024), así como otros de corte exclusivamente popular, exemplificado en la Sociedad de la Igualdad de San Felipe (Páez, 2024: 345-347).

Sin embargo, desde una dimensión emocional, se produjeron otras transformaciones, ya que la constelación emocional vinculada al mantenimiento del orden institucional, público, jerárquico, económico y religioso volvió a experimentar una reconceptualización. En la misma línea, el socialismo emergió, causando un pavor generalizado:

De algunos años a esta parte, los socialistas y ciertos filósofos que confunden con la

filosofía los extravíos de su imaginación han tomado por tema sus inacabables declamaciones el deploar los males que padecen las clases proletarias, increpando con tesón a los ricos, y vendiéndose ellos por autores de panaceas capaces de extirpar de una vez los llantos y los dolores de la humanidad (*El Comercio de Valparaíso*, 24 de noviembre de 1848).

Se especulaba que el miedo, llanto y dolor experimentados por los artesanos y peones eran emociones que podían ser reemplazadas por otras de carácter más benigno, como la esperanza; lo que incentivaría la movilización política popular en desmedro de la propiedad privada. Es más, la prensa conservadora empleó y resignificó retóricamente el socialismo como un peligro para el orden, en la medida que sus repercusiones no solo eran económicas, sino también morales (Cid y Fernández, 2020). Los dardos se dirigieron hacia la Sociedad de la Igualdad, club que difundía el anticristianismo: «[...] se les predica la justicia del comunismo; a quienes se les

hace confundir las ideas políticas con las religiosas y se les hace mirar la fortuna del industrioso como un robo hecho a la sociedad de que ellos forman» (*El Faro del Maule*, 1 de febrero de 1851).

Ahora bien, la reconceptualización del miedo fue un proceso clave en los espacios regionales. Desde la zona norte del país, espacio caracterizado por una creciente producción minera e incremento de la proletarización, se denunciaron una serie de conspiraciones con la intención de generar miedo e incertidumbre en la clase empresarial (*El Pueblo*, 22 de noviembre de 1851). En efecto, la alianza entre peones y comerciantes liberales opositores al candidato oficialista Manuel Montt ocasionó como respuesta el atesoramiento. Los capitalistas tendieron a esconder el dinero, generándose escasez monetaria: «Tal horror tiene el dinero al triunfo de la oposición, que a medida que los acontecimientos revolucionarios se han ido complicando, ha ido desapareciendo sensiblemente hasta ponernos en un estado de completa escases»

(*El Pueblo*, 27 de noviembre de 1851). Por lo tanto, el miedo fue una emoción que expresó nuevos matices temporales ligados a la aceleración del cambio, es decir, perdida de control y certezas sobre el futuro (Ahmed, 2015: 120).

En la zona centro-sur de Chile una potencial revolución causó pavor en los sectores conservadores. El avance de la barbarie indígena liderada por el general José María de la Cruz, candidato presidencial de la oposición, provocó un imaginario amenazante de la civilización:

Los jefes del campo regularmente sencillas y medrosas, las echan también miedo con la ira vengadora del general y con la sangrienta revolución que forzosamente tiene de haber, sino se le elige presidente: la guerra la describen de una manera espantosa, y los indios con su lanza en ristre no dejan nunca de hacer el primer papel en este cuadro fantástico de su imaginación exaltada (*El Faro del Maule*, 9 de mayo de 1851).

El periódico *La Civilización de Santiago* escribió desde una línea similar, vale decir, buscó generar miedo en la población enlazando de forma pragmática barbarie indígena, oposición liberal y revolución armada: «[...] se arrojan en los brazos de las tribus salvajes [...] Ya no es pues una guerra de ciudadanos contra ciudadanos lo que tenemos al frente; es una guerra de extranjeros contra nacionales» (10 de octubre de 1851). La participación de los indígenas cambió la percepción del conflicto armado. Ya no nos encontramos ante una guerra civil, caracterizada por el enfrentamiento fraticida entre connacionales. Por el contrario, se habló de una guerra a secas, entre dos naciones que disputaban el control de la república y sus extensos territorios. Esta diferenciación sutil es clave en lo que respecta a los usos políticos del miedo, pues el avance de la barbarie amenazaba directamente el progreso civilizatorio, en palabras de Sara Ahmed, «[...] el miedo funciona constituyendo a los otros como temibles en tanto amenazan con absorber el yo» (2015: 102).

Lo distintivo de este momento consiste en que estos miedos regionales adquirieron una dimensión nacional, reconceptualizándose la constelación emocional como una experiencia vital que todo ciudadano a lo largo de la república podía experimentar. De ahí que para los periódicos de Copiapó fuese inevitable abordar la problemática indígena: «Las revoluciones se multiplican como los aspirantes, la nación sería la recompensa de ese torneo de araucanos, sin ley sin conciencia, sin justicia y sin previsión como los salvajes» (*El Pueblo*, 27 de noviembre de 1851). En definitiva, cuando la guerra civil estalló, una de las formas de sustentar retóricamente la defensa del orden consistió en relevar la lucha entre civilización y barbarie.

Ahora bien, la constelación emocional analizada no solo incorporó nuevos miedos, sino que también perpetuó aquellos pregonados desde el período anterior. El temor a jóvenes liberales que no vivieron en carne propia una guerra civil, y por ende carecían de una regulación emocional con base en la experiencia, se profundizó una vez que se

organizaron mediante un partido político: «Las nuevas generaciones no sienten miedo. La generación actual no conoce sus tristes peripecias, sino de odiseas, y sin exceptuar uno solo, los escritores que la soplan» (*El Consejero del Pueblo*, 14 de septiembre de 1850). Lo mismo ocurrió con respecto a la politización y movilización artesanal incentivada por la oposición:

Los retrógrados se empeñan en asegurar que actualmente se reúnen varias sociedades de rotos... para agitar a los artesanos y provocarlos a la sedición. Este rumor, que a nuestro juicio tiene fundamento ninguno, se hace cundir para derramar la alarma entre las gentes medrosas y para autorizar al ministerio a una declaración de sitio (*El Amigo del Pueblo*, 22 de abril de 1850).

Sin embargo, el uso exhaustivo de esta constelación emocional en función del orden conllevó un efecto contrario, dosificándose y perdiendo su eficacia. Para que esto fuese posible en términos intelectuales, la oposición liberal e igualitaria revalorizó

de forma positiva el concepto de revolución. *La Barra*, medio de comunicación de la Sociedad de la Igualdad de Santiago, apuntó en 1851 que tanto los miedos políticos (reforma institucional) y económicos (daño a la propiedad privada) asociados a las revoluciones, empleados no solo para amedrentar a las élites, sino también al pueblo durante los procesos electorales, resultaban infecundos para una ciudadanía cada vez más consciente de sus derechos:

Nos llamáis revolucionarios, no porque lo seamos, sino por táctica para atraerlos a vuestro lado a todos esos ricachos que solo piensan en conservar fortunas adquiridas con el trabajo del pobre. Nos llamáis revolucionarios, para infundir terror al pueblo, haciéndole creer que es un crimen, cuando si vosotros estáis arriba ha sido por una conspiración, la del 29 (22 de abril de 1851).

Es más, a contracorriente de los sectores conservadores, los igualitarios reemplazaron el concepto de orden para la consecución

de la libertad, la cual «jamás ha triunfado sin revoluciones» (*La Barra*, 21 de marzo de 1851). Esto tiene relación con el discurso enunciado por *El Amigo del Pueblo* un año antes, lamentando la inevitable pérdida de vidas que conlleva un alzamiento armado, pero necesarias para el establecimiento de un futuro prometedor: «[...] cuyas ruinas sangrientas y desoladores resultados prevenmos y lloraríamos con amargo dolor; pero también nuestra paciencia ha llegado a su colmo» (9 de abril de 1850). Siguiendo la terminología de Reddy, se recalca la importancia del esfuerzo emocional en la consecución de objetivos transformadores, pese al sufrimiento que acarreaba mantenerse en las filas opositoras al régimen de Bulnes.

Al mismo tiempo, en términos emocionales, el miedo al encarcelamiento, castigo físico o estados de sitio, es decir el escarmiento, fue perdiendo vigor, incluso terminó incentivando la movilización de la ciudadanía: «Hasta aquí, ni las facultades extraordinarias, ni el temor a un castigo merecido, ni la generosa conducta del gobierno han sido suficientes para

hacerle deponer su carácter hostil» (*El Correo del Sur*, 14 de junio de 1851). La saturación que causó la represión junto con la disposición de un ejército regular en la frontera bajo el liderazgo del general Cruz fueron, sin duda, factores que permiten comprender las críticas al lenguaje emocional autoritario desde la provincia sureña y la posterior movilización armada durante la guerra civil.

Ante la proyección de una potencial revolución, publicistas adscritos al bando conservador buscaron soluciones, alejándose de la constelación emocional tradicionalmente empleada. *La Revista Católica* diagnosticó que el miedo ya no era suficiente para contener a la oposición, más aún con la irrupción del socialismo en el espacio público. De ahí que propusiese la profundización de la moral cristiana en las capas populares, aparentemente el único medio para prescribir nuevos sentires acordes al orden y así evitar una hipotética revolución:

Pero ¡cuidado! si un día ese pueblo no tiene ya miedo, si, como el animal que se deja

conducir, porque no tiene la conciencia de su fuerza, da voces una vez y no obedece ya el freno ¿qué hará? Lo que hace una fuerza ciega desencadenada y que no tiene un freno ni un moderador de su poder. Quebrantará, trastornará cuanto se le presente sin saber adónde va [...] Ved aquí lo que puede suceder cuando los hombres son solamente gobernados por la prudencia o el temor. La prudencia se pierde cuando se hacen fuertes, o si una vez se han quitado el freno, abandonan el miedo y entonces se convierten en leones y a veces en tigres (26 de agosto de 1848).

La crisis del lenguaje emocional autoritario ocasionó no solo una reconceptualización de la constelación emocional, sino también su ampliación. Además de la esperanza, otro sentir empleado de forma pragmática en torno a la consecución de la revolución o la mantención del orden fue el odio. Para desarticular la influencia del miedo en la población se hicieron llamados a favor de la revolución pacífica con el objetivo de calmar «las malas pasiones», es decir, «[...] apagando

los odios mezquinos y procurando la libertad y la reforma para nuestros pueblos, sin despreciar las leyes y sin pedir violencias y trastornos» (*El Amigo del Pueblo*, 18 de abril de 1850). No obstante, días más tarde este discurso se vio progresivamente modificado, anticipándose públicamente que una ciudadanía descontenta y discriminada, vejada en lo que respecta a sus derechos políticos «no puede querer ni respetar sus leyes; al contrario las odia, y mira con ansia el día en que pueda acabar con ellas» (*El Amigo del Pueblo*, 3 de mayo de 1850).

Meses más tarde desde *La Barra* también se valorizó positivamente el odio, en la medida que dicha pasión era una de las condiciones fundamentales para la confrontación bélica, permitiendo la deshumanización del enemigo: «[...] en Chile en la actualidad la revolución es obra fácil: hay odios profundos que excitar, hay ambiciones que explotar, hay un pueblo numeroso y exasperado que conmover, hay valor que aprovechar y enemigos impopulares a quienes combatir» (13 de julio de 1850). Tales intenciones fueron

leídas por *El Faro del Maule*, periódico que visualizó la ramificación de Sociedad de la Igualdad en San Felipe como un equivalente a la ampliación de las emociones consideradas negativas. Los espacios de sociabilidad modernos, como los clubes, debían ser clausurados en la medida que propiciaban el desarrollo de una revolución armada: «¿No hemos visto fomentar el odio contra las personas y hacer rebullir el ardor revolucionario en el corazón de los asociados, so pretexto de instruirlos en sus derechos?» (10 de octubre de 1850). Este conjunto de testimonios releva tres procesos sincrónicos que caracterizan el uso político del odio. Por un lado, este sentir conlleva suprimir al Otro en favor del Uno, como exemplifica los intentos de proscripción de la Sociedad de la Igualdad. En segundo lugar, el odio permite reforzar un vínculo social a partir de la diferenciación con respecto al enemigo, fomentándose una identidad. Por último, su irrupción ocurre especialmente en momentos de crisis, cuando la captura del poder pareciera ser más factible (Ramas, 2024: 356-359).

Además del miedo y el odio, la ansiedad fue otra emoción partícipe de la constelación emocional. Desde *La Barra* se justificó la legitimidad de la revolución debido a la necesidad de acelerar la transformación política acorde al movimiento universal que inspiraba el 48 francés, frenando así un hipotético triunfo electoral de Montt y su consecutiva represión: «No es la impotencia la que nos hace desear la revolución, es sí, la ansiedad que tenemos de salvar al país de un despotismo corruptor. Apelamos a la revolución» (15 de octubre de 1850). De forma similar al miedo, la ansiedad fue una emoción que poseía intrínsecamente una dimensión temporal, pues su enunciación se encontraba sujeta a fenómenos proyectados en un futuro poco prometedor.

Por otro lado, el empleo de la ansiedad se dinamizó de forma vertiginosa a lo largo del año 1851. Tras el motín de Santiago liderado por Pedro Urriola, el rumor y la desinformación jugaron un rol clave en la paralización o resistencias de los actores: «Necesitamos satisfacer a la general ansiedad

que han debido causar los acontecimientos deplorables del día de ayer, ocurridos en la capital, y calmar las inquietudes que a la distancia llevan noticias inexactas o exageradas por el temor» (*El Cazador*, 6 de abril de 1851). Por lo tanto, la ansiedad fue una emoción que incitaba a la acción en la medida que se necesitaba aplacar lo antes posible. Más aún si entorpecía la especulación económica. El quiebre del orden a través de motines y guerras civiles generó bajas expectativas en torno a un comercio e inversión de capitales que podían verse afectados de forma irreversible. Por ende, la principal forma de combatir los efectos perniciosos de esta emoción fue por medio de la circulación de información fidedigna para actuar de la forma más instruida posible. Sin embargo, esta situación era compleja debido a la precariedad de los medios de comunicación: «La demora del vapor tiene en una ansiedad terrible a todo el pueblo, principalmente a los que aguardan de la fortuna una nueva reacción de la marcha política de su partido» (*El Porvenir*, 3 de marzo de 1851).

#### 4. La segunda crisis del lenguaje emocional autoritario (1852-1859)

Tras la guerra civil de 1851, la prensa adherida al incipiente gobierno de Manuel Montt realizó diversos llamados dirigidos a la conciliación: «[...] pues vemos que los que ayer pelearon en distintas filas hoy beben en una misma copa: los que fueron más encarnizados enemigos, se dan ahora un abrazo fraternal» (*El Pueblo*, 23 de diciembre de 1852). La tendencia fue evocar emociones positivas, como la esperanza, temporalizada en torno a expectativas grandilocuentes: «La guerra civil que trajo la anarquía y la desmoralización han desaparecido del suelo de la patria y en lugar de temores, hay esperanzas [...] los rencores y odios políticos se han cambiado en reconciliación entre los partidos» (*El Copiapino*, 18 de enero de 1854). En paralelo, se recalcó que los usos del concepto revolución en la opinión pública habían concluido: «Cinco meses van corridos desde que no se habla de revoluciones, desde que la anarquía ha cesado de amagarnos, desde que los temores

se han desvanecido radicalmente en el corazón del comercio» (*La Civilización*, 22 de abril de 1852). En suma, el conjunto de miedos atribuidos a la novel oposición liberal, insurrección armada, socialismo, barbarie indígena y popular fueron suprimidos, escenario propicio para la rearticulación del orden: «Ningún temor nos asiste de que el orden público sea trastornado de nuevo por motivos políticos, vuelto como se encuentra el país entero a la senda del deber y la ley» (*La Civilización*, 23 de marzo de 1852).

Resulta evidente que este brusco viraje ocurrió al no existir una vigorosa oposición política como en años anteriores. Era fácil exponer que la situación política y emocional se encontraba calmada, palpable incluso en elecciones parlamentarias, ya que el poder ejecutivo pudo sin demasiado esfuerzo despojar a los diputados promovidos en 1849 por el antiguo ministro del interior Camilo Vial (*La Civilización*, 30 de marzo de 1852). Sin embargo, el conjunto de los testimonios analizados da cuentan de que el objetivo trascendental era generar gobernabilidad y

revitalizar el crédito internacional de Chile frente a los inversores extranjeros. Es más, la modernización de los transportes materializada a través del ferrocarril terminó siendo un símbolo de unidad: «El gran ferrocarril de Chile, en pensamiento aun, debe contribuir a la extinción de los odios que engendra los sentimientos de partidos y las pasiones desordenadas al mando» (*El Copiapino*, 2 de febrero de 1852). En otras palabras, fue clave crear la imagen de paz y estabilidad para la recomposición de la acumulación de capital, separando el concepto de orden de su otrora constelación emocional anclada al miedo y, en consecuencia, al escarmiento:

Un enemigo terrible tenemos que combatir: el miedo. El miedo es una enfermedad contagiosa que obra sobre la imaginación, y que cede ante la audacia. El miedo que no reflexiona, y que cede ante la reflexión y la serenidad. El miedo que exalta el tamaño de los objetos... Si el miedo es nuestro enemigo, el antídoto es la paz... El miedo de las revoluciones engendra las revoluciones. El miedo de la bancarrota origina la

bancarrota. El miedo del descrédito limita las operaciones del crédito (*El Pueblo*, 8 de marzo de 1852).

En suma, a diferencia de los períodos anteriores, la época abierta posguerra civil pretendió atenuar el miedo y sus derivados, emparentándose el concepto de orden con otra constelación emocional compuesta por la esperanza y fraternidad. Sin embargo, este fenómeno fue de corta duración. Entre la cuestión del sacristán de 1856 y las elecciones parlamentarias de 1858, la oposición se comenzó a rearticular, criticando que el lenguaje emocional autoritario, en su antigua fisonomía, se mantenía en funcionamiento. Es decir, la constelación emocional basada en el miedo y sus derivados continuó siendo predominante en función de la mantención del orden, justificándose así la represión:

La revolución es, como hemos dicho, la eterna pesadilla de nuestros gobernantes [...] La continua renovación y aun destitución de jefes, oficiales y clases, la disolución de batallones, organización de otros nuevos,

aumento de policías en toda la República con disciplina semi militar... todo pone de manifiesto la desconfianza, el pánico que se ha apoderado del Gobierno (*El Copiapino*, 11 de septiembre de 1858).

Los usos de la memoria nuevamente fueron claves como lo demuestra el discurso enarbulado por el periódico *El Demócrata* (10 de abril de 1858) de La Serena, describiendo que en 1851 veinticuatro personas murieron a través de la pena de muerte y cuatro mil personas fallecieron por la guerra civil, sin contar la gran cantidad de políticos proscritos. En el fondo, la conceptualización del miedo con base en la organización de una novel oposición, conspiraciones, revolución armada y avance de la barbarie indígena se mantuvo latente al final de esta década. Más aún si se considera que los efectos disuasivos del exilio se consideraban infértil y, por el contrario, enardecián los ánimos: «[...] después de un contratiempo salidos de cierto teatro, han vuelto de su destierro ya forzado, ya voluntario, con más resolución, con mayor valentía, con más independencia

y sin el menor temor» (*El Emisario*, 8 de agosto de 1857).

Siguiendo la misma línea, las críticas a la intervención electoral durante el año 1858 fueron profusas. En la ciudad de Chillán, José Zapata denunció al subdelegado José Antonio Alarcón ya que: «[...] abalanzándose sobre mí, me arrebató el boleto de calificación dentro del cual había yo colocado la lista de mi aprobación [...] amenazándome con la huasca con mango de hierro que llevaba en la mano, e indudablemente habría descargado sobre mi» (*El Ñuble*, 1 de mayo de 1858). En Concepción se destituyeron cuatro capitanes de la guardia cívica: Virginio y Desiderio Sanhueza, Juan Alemparte y Tomas Smith, causando un profundo revuelo: «Cada acto de nuestro gobierno es un reto a la opinión pública, es una provocación que va a atizar los odios que de tiempo atrás se van» (*El Amigo del Pueblo*, 12 de abril de 1858). En Santiago ocurrió un fenómeno similar con los arrestos de Diego Barros Arana y Robert Souper: «¿Por qué tanto rencor, tanto odio, tanto encarnizamiento? ¿Por qué agriar

los ánimos hasta traerlos a la revuelta?» (*El Copiapino*, 19 de octubre de 1858). Desde Concepción el periódico *El Amigo del Pueblo* afirmó que el gobierno, bajo la excusa del orden, buscaba generar «actos de venganza, una conspiración fraguada contra la libertad, para gobernar por medio del terror» (*El Amigo del Pueblo*, 20 de octubre de 1858).

El conjunto de estas prácticas generó un fenómeno similar al del período 1848-1851, vale decir, el concepto revolución armada se revalorizó de forma positiva: «Ultrajados los pueblos en sus más imprescriptibles derechos, y negados el obtener justicia por las vías legales, han creído santo y bueno para recuperar esos derechos el camino de las revoluciones armadas» (*El Demócrata*, 24 de noviembre de 1858). Ante la represión que se cristalizaba en aras del orden solo existían dos opciones: la insurrección o el sometimiento, desechándose esta última por ser vejatoria de la dignidad ciudadana: «Sometiéndose, aceptando la más infame de las esclavitudes, la del pavor y del miedo; ya deja de ser enemigo, y por compasión, se

le hará la limosna de no conducirlo hasta su desesperación» (*El Amigo del Pueblo*, 1 de octubre de 1858).

Este proceso de revalorización positiva de la voz revolución vino emparejada con una reconceptualización de la constelación emocional. El temor fue desecharlo como pasión paralizante, inútil en la consecución de la anhelada transformación del sistema político: «No más demoras, no más conciencia, no más temores a la sangre que se derrame por pura que ella sea» (*La Patria*, 21 de enero de 1859). Por otro lado, la esperanza permitió temporalizar las transformaciones promovidas por medios insurreccionales: «El país despierta. A los temores de la autoridad, ha respondido en él un estremecimiento de patriotismo y de esperanza. Bellos recuerdos, tradiciones y banderas de días pasados se alzan como por encanto» (*El Amigo del Pueblo*, 18 de octubre de 1858). Por lo tanto, volvió a ocurrir una dosificación del miedo, fenómeno identificable incluso más allá del río Biobío con una supuesta desregulación emocional indígena, como ejemplifica la

actitud del lonco Mañil, quien dejó plantado al Cornelio Saavedra ante un parlamento que se iba a realizar en Lontué:

El resultado ha sido que los indios han perdido ese respeto y ese temor que nuestro gobierno había logrado inspirarles y que era nuestra única salvaguardia desde que tenemos una extensa frontera guarneida apenas con un escaso batallón. Los indios van haciéndose cada día más soberbios [...] La debilidad del gobierno y su terror pánico a la caza militar son los que nos han traído a este estado, verdaderamente alarmante, pues un levantamiento vendría a contenerse después que los indios hubiesen ocasionado males irreparables (*El Amigo del Pueblo*, 26 de marzo de 1858).

En paralelo, emociones como el odio se rearticularon contextualmente por la cuestión del sacristán. El *Emisario de Talca*, insertándose en el debate sobre la tolerancia religiosa, planteó que la propagación de credos antagónicos conlleva la germinación de ciertas emociones como el odio, factor que terminaba

incentivando la división, condición clave para el desarrollo de cualquier revolución: «Nadie que sea un poco versado en la historia contemporánea ignora ya que en las revoluciones modernas que transforman al mundo, tiene gran parte el odio contra los principios religiosos». La reproducción de «herejías antiguas y la invención de otras nuevas para combatir el principio católico no podía menos que producir todos los delirios de que es capaz la razón humana divorciada de la fe». De tal forma el deísmo, ateísmo, escepticismo, el racionalismo, panteísmo, comunismo y socialismo fueron caracterizadas como «las siete cabezas de la gran bestia engendrada por el protestantismo» (*El Emisario*, 7 de noviembre de 1857).

A diferencia del miedo, la ansiedad fue una de las emociones que transversalmente se intentó aplacar más que incentivar. Esto debido a que podía generar una acumulación de «efervescencia comprimida necesitaba apenas un ligero toque para estallar». *El Norte*, periódico de Copiapó, escribió esto en referencia al proyecto de ley de amnistía

que no complació a todos los sectores políticos, sino que generó expectativas negativas: «Ese paso repentino, hijo tal vez del deseo de apaciguar la excitación, y del calmar un tanto la ansiedad, vino a servir de iniciativa para una lucha de reformas» (18 de febrero de 1858). Desde el periódico *La Asamblea Constituyente* se proyectó la reorganización de clubes que cimentaran las bases de la reforma constitucional, el único medio para apaciguar en términos prácticos la ansiedad y con ello evitar una guerra civil: «La unión pacífica y general de todos los ciudadanos, he ahí, en efecto, el único medio posible de evitar los desastres de la guerra civil en el estado de ansiedad y de violencia en que la administración ha colocado al país» (21 de noviembre de 1858).

En síntesis, se observa que la crisis del lenguaje emocional autoritario acontecida entre los años 1848 y 1851 fue bastante similar a lo ocurrido entre los años 1856 y 1858. En ambos períodos se replicó un patrón que incluye la denuncia de la persistente aplicación de dicho lenguaje a través del escarmiento con el fin

de mantener el orden; la revalorización de la voz revolución como índice y factor del cambio histórico; la reconceptualización de la constelación emocional, donde se plantea el miedo como un sentir movilizador mas no paralizante de la acción ciudadana; la dosificación del miedo, y los usos del odio y ansiedad en relación con una potencial confrontación fratricida.

Esto nos lleva a matizar algunas afirmaciones realizadas por Simon Collier (2008: 292). El cambio ocurrido en la opinión pública tras 1859 no se puede atribuir exclusivamente a la irrupción de una nueva generación nacida a partir de 1830, que creció bajo una educación e influencia europea impulsada a exigir una mayor liberalización, ni a los booms económicos que trajeron consigo un ambiente más relajado, con seguridad y una visión política más extensiva. A ello sumo una dimensión emocional insoslayable: el ocaso de un lenguaje emocional ineficaz para el sostenimiento de un régimen político agotado tras cruentas guerras civiles y una profunda crisis económica una vez

ocurrido el fin del ciclo económico californiano y australiano.

De ahí que la elección de 1861 encumbró a Joaquín Pérez a la presidencia, quien fue aclamado de forma transversal por conservadores, nacionales y liberales «El entusiasmo para celebrar el aniversario de los grandes días de la patria, ha sido grande en Valparaíso. La elección unánime del señor Pérez que simboliza la unión y fraternidad ha hecho que los individuos de todos los partidos hayan venido a confundir sus esperanzas en un entusiasmo general» (*El Ferrocarril*, 24 de septiembre de 1861). Este acontecimiento se correlacionó con el proyecto de ley de amnistía a los exiliados políticos (*El Ferrocarril*, 8 de octubre de 1861). De tal forma, el orden se sostuvo a partir de una constelación emocional compuesta por la fraternidad, felicidad y esperanza en desmedro del miedo y sus derivados:

Con la elección del presidente Pérez, no tenemos que deplorar la ruina de un partido para celebrar el triunfo de otro más

afortunado. Esta es una felicidad para el país. Ha llegado, pues, la época en que todos los chilenos se consideren como en familia para no pensar más que en los medios de ayudar al poder civil a robustecerse sólidamente, sin violencias ni convulsiones populares, como las que por tanto tiempo nos han mantenido divididos (*El Mercurio*, 5 de agosto de 1861).

## 5. Conclusión

Las esperanzas generadas por el triunfo militar de Chile contra la Confederación fueron efímeras. Ante la elección presidencial de 1841, la defensa del orden implicó emocionalizar este concepto a través de una constelación emocional centrada en torno al miedo y sus derivados. De forma simultánea, esta constelación se conceptualizó con base en la revolución armada e incursión de los sectores populares en el campo de lo político. Así, mediante lo que en esta investigación se denomina lenguaje emocional autoritario, se legitimó el escarmiento. Hacia 1846 ocurrió la primera reconceptualización de

esta constelación, politizándose el miedo en relación con la redistribución económica y la irrupción de una juventud liberal desregulada en términos emocionales. No obstante, en este escenario se observa que el miedo no paralizó, por el contrario, incentivó la acción y ofensiva, ya sea contra el avance liberal o estimulando la participación de los artesanos en los procesos electorales. En paralelo, la constelación emocional comenzó a ser ampliada, incorporando el uso de la esperanza para contrarrestar el lenguaje emocional autoritario.

Este proceso de reconceptualización y emocionalización se dinamizó tras la apropiación del 48 francés en Chile. Se incorporaron nuevos tópicos como el avance del socialismo, la barbarie indígena y la conspiración, un fenómeno notable de este momento fue que los miedos regionales adquirieron una dimensión nacional. Sin embargo, el uso reiterado de esta constelación emocional tuvo un efecto contraproducente, dosificándose y perdiendo su otra eficacia. Para que esto fuese posible, la oposición liberal

e igualitaria revalorizó de forma positiva el concepto de revolución, considerada la única vía para cristalizar la libertad y establecer las bases para el ejercicio de derechos políticos y civiles. De manera sincrónica, el miedo al escarmiento perdió vigor, incluso incentivó la movilización de la ciudadanía. Por último, la constelación emocional se amplió: además de la esperanza, otros sentires fueron empleados de forma pragmática en torno a la consecución de la revolución o la mantención del orden, como el odio y la ansiedad. Así, la primera crisis que experimentó el lenguaje emocional autoritario se tradujo performativamente en la guerra civil de 1851.

Una vez que este conflicto concluyó, ocurrió un drástico viraje. Con la oposición desbaratada fue posible crear la imagen de unidad en función de la gobernabilidad y rearticulación económica. En ese sentido, la emocionalización del concepto de orden ocurrió desde una constelación emocional compuesta por la esperanza y fraternidad, proyectándose expectativas grandilocuentes

en desmedro del miedo. Sin embargo, este proceso fue de corta duración. Entre la cuestión del sacristán de 1856 y las elecciones parlamentarias de 1858, la oposición se rearticuló, criticando la continuidad del uso del lenguaje emocional autoritario, es decir, el empleo del miedo y sus derivados para justificar la mantención del orden y con ello la legitimización del escarmiento. Esto dio paso otra vez a la emocionalización y revalorización positiva de la voz revolución, generándose de forma sincrónica la dosificación del miedo y una reconceptualización de la constelación emocional que desembocó en la guerra civil de 1859.

Tras este conflicto la rearticulación del orden implicó volver a emocionalizar este concepto. Para ello se reformuló la constelación emocional, ahora compuesta por la felicidad, esperanza y fraternidad. Sin embargo, el nuevo periodo abierto posee importantes particularidades. Por un lado, a diferencia de los años 1852-1856, y de forma similar al período 1841-1844, el liderazgo de Joaquín Pérez causó mayor

adherencia en el oficialismo y oposición, distanciándose de la figura de Montt al no estar comprometido con actos represivos pretéritos. Por otro lado, impulsar una agenda reconciliatoria basada en la amnistía permitió generar un nuevo ambiente fraternal, atmósfera que posteriormente se dinamizó por la guerra que tuvo Chile contra España. Estos fenómenos sin duda ameritan un estudio particular.

Los resultados de esta investigación dan cuenta de que el análisis de los lenguajes emocionales permite complejizar la comprensión de los procesos políticos y sociales. Pesquisar cómo los conceptos políticos son emocionalizados, al mismo tiempo que las emociones son reconceptualizadas, posibilita incorporar un factor ignorado especialmente desde la historia conceptual. Ejemplo de esto es el rol de las emociones en las experiencias y expectativas que influyen en las motivaciones, acciones, sucesos y prácticas no solo de los actores del pasado, sino también de nuestra historia reciente (como ejemplifica la alegría-democracia

en el plebiscito de 1988 o rechazo-amor en el plebiscito de 2022). Es más, a partir del análisis documental desarrollado es posible complejizar la comprensión del cambio conceptual, pues las ideas políticas fundamentales adquieren nuevos significados y usos en la medida que las constelaciones emocionales que las enmarcan se ven reconceptualizadas. Por otro lado, el estudio de los lenguajes emocionales no solo permite profundizar problemas medulares de tipo político (orden y revolución, cambio y continuidad en la estabilización y cohesión de una comunidad política), sino también rastrear y dar paso a la formación de un léxico emocional, fenómeno de momento poco profundizado en la historiografía chilena.

En suma, el giro afectivo concerniente a la historiografía y ciencias sociales es un campo digno de profundización, considerando que las emociones no son un mero estado psicológico interno de los individuos, desconectado del exterior, sino que son expresiones, prácticas y acciones claves en la interacción cognitiva con el mundo

(Clough y Halley, 2007). Por último, es necesario recalcar que el marco metodológico propuesto se inscribe esencialmente en el análisis del discurso, considerando que nuestro objeto de estudio se centró en las disputas políticas e intelectuales ocasionadas en momentos de alta efervescencia, como fueron los años electorales. Sin embargo, es posible profundizar, tal como estimulan Pernau y Rajamani, el rol del cuerpo y los sentidos en el abordaje de los lenguajes emocionales. También se abren nuevas líneas de investigación si consideramos cómo otros actores, por ejemplo mujeres o sectores populares, construyeron sus propios lenguajes emocionales anclados a vivencias, intereses y dilemas contextuales que les movilizaron a crear un léxico emocional particular (Zaragoza, 2013). Así se podría dar paso a otro tipo de análisis que logre conjugar materialidad y discurso, una especie de semiótica emocional parafraseando a William Sewell (2006). Ello dependerá, en última instancia, de los corpus documentales inspeccionados y los problemas históricos esbozados.

## Agradecimientos

Esta investigación ha sido posible gracias a la financiación de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, Subdirección de Capital Humano, Beca Doctorado Nacional folio 21220029.

## Fuentes primarias

*El Amigo del Pueblo*, Santiago, 1850.

*El Amigo del Pueblo*, Concepción, 1858.

*El Artesano del Orden*, Santiago, 1846.

*El Artesano Opositor*, Santiago, 1845.

*El Cazador*, Santiago, 1851.

*El Comercio de Valparaíso*, Valparaíso, 1848.

*El Consejero del Pueblo*, Santiago, 1850.

*El Conservador*, Santiago, 1840.

El Copiapino, Copiapó, 1854-1858.

El Pueblo, Copiapó, 1851-1854.

El Correo del Sur, Concepción, 1851.

El Voto Liberal, Santiago, 1841.

El Crepúsculo, Santiago, 1844.

La Antorcha, Santiago, 1839.

El Demócrata, La Serena, 1858.

La Barra, Santiago, 1850-1851.

El Diablo Denunciante de los Abusos de las  
Calificaciones, Santiago, 1839.

La Civilización, Santiago, 1851-1852.

El Emisario, Talca, 1857.

La Época, Santiago, 1839.

El Faro del Maule, Talca, 1850-1851.

La Estrella del Norte, Coquimbo, 1841.

El Ferrocarril, Santiago, 1861.

La Patria, Concepción, 1846.

El Hombre del Pueblo, Santiago, 1841.

La Patria, Santiago, 1859.

El Mercurio, Valparaíso, 1861.

La Revista Católica, Santiago, 1848.

El Orden, Santiago, 1846.

Lastarria, J. y F. Errázuriz (1850): *Bases de la reforma*, Santiago, Imprenta del Progreso.

El Porvenir, La Serena, 1850-1851.

El Pueblo, Santiago, 1846.

## Referencias citadas

Ahmed, S. (2015): *La política cultural de las emociones*, Ciudad de México, UNAM.

Castillo, V. y C. Fernández (2017): *Republicanismo popular. Escritos de Santiago Ramos, «El Quebradino»*. Recopilación y estudio, Santiago, LOM.

Cid, G. (2011): *La guerra contra la confederación*, Santiago, Universidad Diego Portales.

Cid, G. y C. Fernández (2020): «De “Ridículo sainete filosófico” a “doctrina santa y elevada”: Los conceptos de socialismo y comunismo en el debate público chileno del siglo XIX», *Historia*, 53(1), pp. 45-72. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-71942020000100045>

Clough, P. y J. Halley, eds., (2007): *The affective turn. Theorizing the social*, Durham, Duke University Press.

Collier, S. (2008): *Chile. La construcción de una república 1830-1865. Política e ideas*, Santiago, Pontificia Universidad Católica.

Deluermoz, Q., E. Fureix y C. Thibaut (Dirs.) (2023): *Les mondes de 1848. Au-delà du printemps des peuples*, Clamecy, Champ Vallon.

Douglas, M. y G. Stedman, eds., (2018): *The 1848 revolutions and european political thought*, Cambridge, Cambridge University Press.

Fernández, J. (2021): *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Fernández, L. (2009): «Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos políticos-sociales básicos en lengua alemana», *Revista Anthropos: Huellas del conocimiento*, 223, pp. 92-105.

Frevert, U. (2014): *Emotional Lexicons. Continuity and change in the vocabulary of feeling 1700-2000*, Oxford, Oxford University Press.

Nussbaum, M. (2008): *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*, Barcelona, Paidós.

Oncina, F. (2013): «Semántica histórica, iconología de la muerte y modernidad en Reinhart Koselleck», en J. Fernández y G. Capellán, eds., *Conceptos políticos, tiempo e historia. Nuevos enfoques en historia conceptual*, Santander, Ediciones Universidad Cantabria, pp. 235-269.

Páez, G. (2024): «Hacia una historia de los intelectuales de provincia: red social y lenguaje político de Manuel Antonio Carmona (Aconcagua, Chile, 1845-1851)», *Historia 396*, 14(1), pp. 335-360. <https://historia396.cl/index.php/historia396/article/view/785>

Páez, G. (2024): «Historia de un refugio emocional. Prácticas y expresiones fraternales en la Sociedad de la Igualdad (Santiago, 1848-1851)», *Intus-Legere Historia*, 18(2), pp. 226-247. <https://intushistoria.uai.cl/index.php/intushistoria/article/view/654>

Pernau, M. y I. Rajamani (2016): «Emotional translations: conceptual history beyond language», *History and theory*, 55(1), pp. 46-65. <https://www.jstor.org/stable/24809583>

Pernau, M. (2021): *Emotions and temporalities*, Cambridge, Cambridge University Press.

Pinto, J. (2019): *Caudillos y plebeyos. La construcción social del estado en América del sur (Argentina, Perú, Chile) 1830-1860*, Santiago, LOM Ediciones.

Plamper, J. (2010): «The history of emotions: an interview with William Reddy, Barbara Rosenwein and Peter Stearns», *History and Theory*, 49(2), pp. 237-265. <https://www.jstor.org/stable/40864443>

Plamper, J. y B. Lazier (2012): *Fear: across the disciplines*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

Reddy, W. (2001): *The navigation of feeling. A framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ramas, C. (2024): «Odio», en A. Gómez y G. Velasco, eds., *Atlas político de emociones*, Madrid, Editorial Trotta, pp. 353-362.

Rojas, D. (2017): *Representación, república y federalismo: ideas y debates políticos de la Asamblea Provincial de Coquimbo durante el proceso de construcción del Estado-nación (1823-1833)*, Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Chile.

Rosanvallon, P. (2003): *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Sagredo, R. (2019): «El miedo al futuro. Chile, 1810-1833», en M. Chust, M. y C. Rosas, *Los miedos sin patria. Temores revolucionarios en las independencias iberoamericanas*, Madrid, Silex, pp. 581-594.

Sewell, W. (2006): «Por una reformulación de lo social», Ayer, 62(2), pp. 51-72. <https://www.jstor.org/stable/41324971>

Stuven, A. (2000): «La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX», Santiago, Pontificia Universidad Católica.

Stuven, A. y G. Cid (2012): *Debates republicanos en Chile. Siglo XIX. Volumen I*, Santiago, Universidad Diego Portales.

Scheer, M. (2012): «Are emotions a kind of practice (and is that what make them have a history)? A Bourdieuan approach to understanding emotion», *History and theory*, 51(2), pp. 193-220. <https://www.jstor.org/stable/23277639>

Wood, J. (2011): *The Society of Equality. Popular Republicanism and Democracy in Santiago de Chile, 1818-1851*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Zaragoza, J. (2013): «Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 61(1), pp. 1-10. <http://dx.doi.org/10.3989/ascepio.2013.11>

Zaragoza, J. (2021): «Espacios y emociones: una propuesta desde la ontología histórica», *Revista de Historiografía*, 35, pp. 111-129. <https://doi.org/10.20318/revhisto.2021.5403>